



Dinero con conciencia



ROSA RABBANI
Doctora
en Psicología
y especialista en
terapia familiar
sistémica. Autora de
Maternidad y trabajo
(Icaria).

UNA NUEVA MIRADA A NUESTRAS NECESIDADES

La crisis económica nos ha llevado a cuestionar muchas cosas. Entre ellas, el poder del dinero. Cada vez son más las personas que, lejos de sentirse esclavizadas por él, lo utilizan para dotarlo de vida y convertirlo, así, en una lluvia abundante y fértil que llegue a todos y a todos beneficie. Esa es la verdadera riqueza personal.



Una de las tristes novedades de las que he sido testigo en los últimos años como terapeuta es que cada vez llegan más casos de personas terriblemente afectadas por la monumental crisis que atravesamos. Una crisis que, en apariencia, afecta básicamente a nuestras estructuras financieras. Sin embargo, vivir en el corazón de tal momento de transformación está haciendo tambalear nuestros fundamentos y nos empuja a buscar nuevos modelos mentales y hábitos de comportamiento. El potencial de los movimientos espontáneos de los ciudadanos está alcanzando cotas insospechadas que hace apenas dos décadas no podíamos ni predecir. Actualmente, cada pensamiento, cada acción, cada elección, puede tener una gran incidencia en nuestra sociedad.

Ser testigos del sufrimiento que genera este proceso de cambio y transformación en las personas nos debe hacer cuestionar nuestra

relación con la economía, nuestros vínculos con el dinero. Y para ello, en lugar de continuar con hábitos caducos y buscar respuestas a nuestras preguntas, tal vez deberíamos –en palabras de Lynne Twist, activista distinguida por las Naciones Unidas por su firme labor para acabar con el hambre en el mundo– replantearnos las preguntas para las cuales hemos ido creando respuestas e inconscientes creencias, asumidas acríticamente: gasta dinero, ¡invierte!, gana más porque más es mejor, no hay suficiente para todos, así que consigue lo que puedas antes de que otro lo haga, la gente es egoísta, corrupta y avariciosa, somos malos por naturaleza...

La mayor parte de estos dogmas de fe tienen una estrecha relación con la gestión del dinero y con la concepción que tenemos de él; pero afortunadamente estamos dejando atrás esta visión, sustituyéndola por otra. Ninguna de las afirmaciones anteriores se corresponde con



la realidad. No solo son juicios falsos, no solo nos desorientan y desvían de la ruta correcta, no solo confunden nuestra identidad más íntima, sino que, además, no nos dicen nada acerca del sentido real de nuestra existencia.

El dinero apareció en sustitución del trueque para ayudar a que la administración y gestión de nuestras necesidades fuera más sencilla.

Fue un gran instrumento hasta que se tornó –con la aparición de los bancos, los productos puramente financieros y la bolsa– tan complejo que ni los economistas más agudos son ya capaces de explicar el dominio que tiene sobre nuestro día a día. El dinero es como el agua. Debe fluir a través de nuestras vidas y, cuando lo hace de forma limpia y cristalina, nos nutre y nos hace crecer. Pero cuando el agua se enturbia, se intoxica y nos puede enfermar. Cuando el agua se estanca durante largo tiempo y no corre, pierde su sentido, que es el fluir.

Los cien euros que he ganado con mi trabajo se los puedo pagar a mi canguro, que cuida a ratos de mis hijos. Ella, a su vez, los invierte en pagar los libros de texto de sus hijos. Ahora están en manos del librero, que los utilizará para remunerar a la persona que cuida de su madre enferma, que los destinará al arreglo de las caries que le atormentan. El dentista podrá comprar el microondas que necesita y, así, los cien euros nos han ayudado a rendir con honradez unos servicios que nos eran necesarios.

El cortocircuito se produce cuando tratamos de hacer dinero sin producir ningún beneficio para nadie, pretendiendo generar con ello más dinero, de forma muy similar a un juego de azar que nos reporta dinero gratuitamente; no en vano, al mercado actual de valores se lo ha tildado muchas veces de casino global. Lo único que este uso del dinero provoca es que grandes cantidades de riqueza permanezcan en manos de grupos reducidos de personas, obstaculizando



su fluir saludable. Empero, al igual que el agua, la riqueza del mundo y de la vida no pertenece a nadie; es patrimonio humano. Y es nuestra responsabilidad recibirla de un modo que nos enorgullezca, para compartirla enseguida con la mayor cantidad posible de personas. El dinero no posee ningún valor excepto el que le asignamos. Y esta afirmación, lejos de tener un significado meramente económico, incide en el ámbito emocional, psicológico y espiritual de nuestra existencia, sin que apenas seamos conscientes de ello. El desmesurado sentido que le adjudicamos lleva a las personas a matarse por dinero o a ser incluso capaces de matar por él.

A menudo hacemos cosas que ni nos gustan ni nos hacen crecer, o que sabemos que son perjudiciales para nosotros, para los demás o para nuestro entorno, con la única finalidad de obtener más. Y lejos de vivir en una cultura que censure y denueste dichas acciones, las ensalza

El dinero es como el agua. Debe fluir a través de nuestras vidas de forma limpia y cristalina

y halaga como éxitos que conforman un modelo a seguir. No obstante, para fortuna de todos, hay muchas personas que hacen del dinero un medio de vida y no un fin, al tiempo que les confiere una profunda autenticidad. El solo hecho de ofrecer nuestros talentos y servicios a nuestros congéneres ya nos hace sentirnos gratificados; y es precisamente la percepción de ser remunerados la condición máxima para vivir una vida de abundancia y prosperidad. Porque la fortuna personal no consiste en una cantidad determinada de pertenencias. Se trata de una actitud; es una mirada hacia la vida que nada tiene que



Nuestra verdadera riqueza depende de la gratitud y de apreciar lo que nuestro esfuerzo y la vida nos van dando

ver con lo que tengamos, sino con los intangibles que seamos capaces de dar. Está basada en la sensación de suficiencia, en la percepción de haber tenido bastante. Desafortunadamente, en una sociedad consumista solo hay lugar para el concepto de “más” y no tanto para el de “suficiente”. Buscamos con tal obsesión y ferocidad el excedente y el exceso que no nos permitimos probar la emocionante experiencia de tener las necesidades cubiertas y sentirnos colmados por ello. Desear siempre más nos genera una mentalidad de déficit porque, al no ser posible divisar límite alguno, nos genera escasez y falta. Sin

embargo, si somos capaces de dejar a un lado este hábito disfuncional de pensamiento y no deseamos llegar más allá de lo que necesitamos para sentirnos bien, liberaremos una cantidad ingente de energía que podremos usar para extraer el mayor sentido posible a lo que poseemos. Y es esta la principal condición para percibir abundancia y sentirnos prósperos. Nuestra verdadera riqueza depende de la práctica diaria de la gratitud y de apreciar todo lo que nuestro esfuerzo y la vida van disponiendo.

Y llegamos, por fin, a la pregunta de si el dinero posee alma. El dinero es inanimado, inerte, neutro. A través de la forma en que lo obtenemos, lo administramos, lo dosificamos, lo gastamos, lo usamos, lo ahorramos, lo invertimos, lo compartimos y lo donamos, podemos impedir que se torne en una fuerza desalmada. Depende de las personas dotarlo de vida y convertirlo, así, en una lluvia abundante y fértil. ☞



CÓMO DOTAR DE ALMA AL DINERO

El dinero no es el mejor indicador para medir la satisfacción ni para hallar el camino hacia una vida verdadera y llena de sentido y felicidad.

- **La verdadera riqueza**

Piensa, con cierta regularidad, en la abundancia en la que vives y cuantifica tus verdaderas riquezas. No solo aquellas económicamente calculables, sino todas cuantas envuelven tu trayectoria vital. Por ejemplo, tu fortuna en salud, tu patrimonio en relaciones y amistades, tu capital profesional...

- **Necesidades satisfechas**

Reflexiona sobre tus necesidades reales más profundas e identifica, entre todas ellas, cuántas son las que requieren dinero para su

consecución. Te resultará gratificante concienciarte de que las necesidades más significativas que tienes no requieren para ser satisfechas de importantes inversiones económicas.

- **Excelencia para ganarlo**

Pondera, en lo más profundo de tu corazón, si el dinero fluye en tus manos. Es decir, si tu forma de ganarlo está basada en la excelencia del producto o servicio que ofreces con una actitud positiva y si te enorgulleces de la forma en que lo ofreces a otros. Y si lo gastas de modo que cubra necesidades saludables y no vagos caprichos que restan sentido a tu vida.

- **Tener bastante**

Trata de aplicar en tu vida y experimentar “la exquisita percepción de haber tenido bastante”. Se trata, sin duda, de una de las principales claves de la felicidad. Varía entre las personas, pero todas pueden expresarla.